

colonización, a cuya acción por tres siglos deben su origen los Estados americanos del habla española, ha dejado errores que propenden a perpetuarse, leyes que es preciso derogar de un golpe, y tradiciones que, a dejarlas obrar, traerían los más funestos resultados»⁴⁶.

Por otro lado, tendrá que admitirse que no resulta una empresa nada sencilla: «Veo siempre la antigua España, viva todavía en nuestros corazones, en nuestros hábitos, en nuestras tendencias; la veo en la ignorancia y en la superstición de nuestras masas; en la resistencia que de todas partes se levanta; en los obstáculos con que tenemos que luchar, en la tendencia al despotismo de la generalidad de nuestros gobiernos americanos; en la indolencia de los gobernados; en su falta de espíritu público; en todo, en todas partes veo siempre la sombra de ese genio maléfico»⁴⁷.

De cualquier forma la solución posee una nitidez meridiana: «Los Estados Unidos, por su organización política, por su industria, por sus leyes, por sus hábitos y por su literatura permanecerán por largos siglos siempre ingleses; los americanos del sud sólo por sus defectos y su ignorancia pueden referirse a la madre patria; por todo lo demás, costumbres, vestidos, habitaciones, ideas, civilización, instituciones, industrias, serán franceses, ingleses, alemanes, todo menos españoles /.../ Los españoles de ahora, los españoles ilustrados como nosotros, combaten gloriosamente por dejar de ser españoles y hacerse europeos, es decir, franceses en sus ideas y en sus costumbres, ingleses en su forma de gobierno»⁴⁸.

Habrá que atraer así a la industria y a los brazos europeos, brindándoles seguridad y posibilidades de bienestar, para que pueblen el territorio americano y permanezcan en él. Ello facilitará el derrotero a seguir que supone imitar «a la Inglaterra sus usos parlamentarios y su jury, a la Francia sus ideas y su filosofía, y a la Europa entera sus costumbres laboriosas»⁴⁹.

⁴⁶ Ibid., t. 8, p. 77.

⁴⁷ Ibid., t. 4, p. 75.

⁴⁸ Ibid., pp. 13, 75.

⁴⁹ Ibid., t. 34, p. 39. *Al margen de la fuerte impronta personal y al dilatado desarrollo que Sarmiento ha conferido a su propuesta anti-hispánica, cabe recordar algunos otros autores enrolados en una actitud semejante y que el propio Sarmiento no ha dejado de invocar. Prescindamos de las coincidencias que en cierta medida pueden hallarse en otros compatriotas y congéneres suyos —el más notorio sería precisamente el de su principal antagonista teórico: Juan Bautista Alberdi— así como de los aportes o las similitudes que pueden encontrarse en los mismos españoles que habían objetado la inercia de su país —tal es el caso de los hermanos Ulloa o de Donoso Cortés, en su primera etapa liberal, sobre el cual se ha llegado falsamente a sostener que Sarmiento ignoraba olímpicamente (cfr. Manuel Gálvez Vida de Sarmiento —B. Aires, Tor, 1957, p. 92— y el comentario de Sarmiento a una obra de D. Cortés, a quien califica como «uno de aquellos jóvenes españoles hijos de su siglo, discípulos de la Francia, y que como Larra y otros no menos ilustres, han trabajado por distintas vías en la regeneración de su patria», Obras Completas, t. II, p. 228). Una de las figuras que más habría que tener presente es el Deán Funes, a quien a veces de lo ubica como iniciador de la llamada Leyenda Negra y al cual Sarmiento dedicó varias páginas en sus Recuerdos de Provincia, citando su condena al antiguo régimen colonial. También se vale del sansimoniano Michel Chevalier en su crítica a España y su exaltación de Estados Unidos (O. C., t. 25). En Conflicto y armonías se recurre, para defender similares puntos de vista —y a veces para denostar el componente hispano-indígena, a expositores británicos como Macaulay, Buckle y Galton. Por otra parte, muchos de los planteos, al estilo de los que fueron volcados en dicha obra, los habrán de retomar distintos ensayistas argentinos posteriores: Francisco y José María Ramos Mejía, Juan Agustín García, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y otros.*

Reivindicaciones

La actitud de Sarmiento frente a España posee ciertos matices que habitualmente suelen ser pasados por alto. Si bien pareciera que hay en él una visión monolítica, de un derrotismo irreductible, no pueden obviarse distintas salvedades al respecto.

Por un lado, pese a las dificultades de toda clase señaladas —que v. gr. lo hicieron exclamar con sorna de los españoles: «¡Id, pues, a hablar a estos hombres de caminos de hierro, de industria o de debates constitucionales!»—, quedaría relativamente abierta la posibilidad de cambio en la situación interna de la península, pues se celebran los conatos liberales y modernizadores que iban insinuándose cada tanto: «La España, como pueblo que trabaja por salir de la nulidad a que la han condenado los errores de sus antiguos déspotas, es la nación más digna de respeto»⁵⁰.

El propio Sarmiento se cuida ocasionalmente de aclarar que sus dardos van dirigidos, fundamentalmente, contra la España tenebrosa que adoptó la Contrarreforma y prolongó la Edad Media hasta el siglo XIX, cortándose con ello «el vuelo que comenzaba a tomar el ingenio español»⁵¹. No dejan de reconocerse avances en el devenir peninsular: aunque figuras como Lope de Vega, Calderón, Murillo y Cervantes no pudieron legar nada a una nación que estaba cambiando de rostro cuando ellos actuaron, los mismos sólo pueden compararse, como creadores, a Pitágoras, Sófocles, Arquímedes o Euclides.

Hasta en la misma descripción que Sarmiento trazó durante su viaje por España —tan objetada por los defensores de la hispanidad— se filtraron varios aspectos rescatables. Así, a los defectos imputados al pueblo español, que no escapan por lo demás al influjo de la corrupción gubernativa, deben restárseles diferentes virtudes como el espíritu heroico, tenaz, sobrio y hospitalario que estima advertir en él. Y a diferencia de lo que Sarmiento observó en el resto de España, Cataluña se le muestra pujante y fabril, lo cual para él sería equivalente a hablar de una población auténticamente europea⁵².

¿Existe también en Sarmiento alguna contrapartida de su concepción sobre España como causante de las desgracias sudamericanas y sobre la personalidad del criollo hispano-indígena como una progenie bastarda e incapaz?

En primer término, cabe replantear los cargos que Sarmiento formulara contra la política colonial de España, a la cual, según él, no corresponde demandar por las libertades que ni siquiera existieron en la misma metrópoli, ni tampoco pedir de ella «qué supiese para gobernarlos a nosotros lo que ignoraba para gobernarse a sí misma». Además, deberá concederse que la Corona practicó una administración «del modo posible

⁵⁰ Viajes, p. 199; O. Completas, t. 4, p. 38.

⁵¹ O. Completas, t. 4, p. 11.

⁵² Además, en Barcelona, Sarmiento experimenta una satisfacción enorme: conocer a un líder del liberalismo manchesteriano, Richard Cobden, a quien atribuye haber iniciado «una nueva era para el mundo» y dedica la mayor parte de sus recuerdos sobre dicha ciudad, convirtiéndolo también en el personaje más tratado de cuantos aparecen en todo su relato peninsular. Viajes, pp. 231-3.

para sus propios intereses» y que levantó «un edificio labrado en tres siglos de supremos esfuerzos de dilatación y de consolidación»⁵³.

Por otra parte, en relación con el indio, irrecuperable hasta por medios educativos, al español peninsular se lo visualiza como un ser semicivilizado, con el cual podría hacerse algo en su provecho, por ejemplo a través de gobiernos más legítimos. El carácter humano está integrado por instintos tanto «malos como buenos» y por un sistema de creencias e ideas»⁵⁴.

En un trabajo de 1844, escasamente abordado y asimilado por los estudiosos, donde Sarmiento comentó el libro de José Victorino Lastarria *Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles*, se reivindica la labor de estos últimos frente a los araucanos, cuya «heroica resistencia» había sido vanamente enaltecida por el autor chileno⁵⁵.

Recurriendo allí a estereotipos que comenzaban a ponerse entonces en boga —como el de la superioridad de la raza caucásica— y, precozmente, a lo que mucho más tarde iba a calificarse como darwinismo social —el exterminio de los más débiles en aras de la evolución— Sarmiento extrae derivaciones muy favorables a los conquistadores, sosteniendo que se debe ser más justo con ellos:

al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina. Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro y cruel a los ojos de la justicia y de la razón, es como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre éstas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra /.../ Dentro de quinientos años, la raza europea, con sus artes, sus ciencias, sus progresos y su civilización ocupará la mayor parte de la tierra, por el mismo principio que ahora trescientos años la España ocupó la mayor parte del nuevo mundo. Creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América, ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización; ni principiar la historia de los indígenas, que nada tienen en común con nosotros /.../ No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y un civilizado. Donde éste ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra.

Sarmiento insiste sobre la imposibilidad de exigir que España hubiese ejecutado una política más contemplativa en sus colonias que la que realizaba fronteras adentro: «La España ha procedido para con sus colonias como Chile procedería con las suyas, sin otra diferencia que las que establecerían las luces de la época y las diversas formas de gobierno. Las colonias españolas tienen eso de particular, que eran ni más ni menos en sus derechos, verdaderas provincias españolas, sobre las que pesaba en el nuevo continente el mismo despotismo y la misma arbitrariedad /.../ culpar a la España de hacer mal

⁵³ Conflicto..., p. 233; O. Completas, t. 17, La Unión Nacional (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1898), p. 287.

⁵⁴ Viajes, p. 208.

⁵⁵ O. Completas, t. II, pp. 216ss.